
Los tratados EEUU-Rusia

Rusia ha firmado en los últimos meses tres nuevos tratados por los que busca resituarse en el nuevo orden mundial sacando ventajas financieras. Dos de ellos, los firmados con la OTAN y la UE, son de menor importancia, mientras que el tercero, el firmado con EEUU, adquiere una gran relevancia. Mediante este tratado se afianza un nuevo ciclo belicista posterior a la guerra fría que se ha reforzado tras el atentado del 11 S. El escenario de las nuevas guerras se traslada ahora a Asia en donde EEUU tendrá manos libres y acceso al petróleo ruso. En este nuevo orden la UE asiste cada vez más a su propia pérdida de protagonismo y la OTAN no acaba de salir de una crisis que corre el peligro de volverse crónica.

Nos vamos acostumbrando a que cada año de esta última década se proclame solemnemente en algún gran acto internacional ruso-europeo o ruso-americano el fin de la guerra fría. En el 2002 el mes de mayo fue testigo de tres acuerdos importantes para Rusia que confirman su nuevo estatus en el orden mundial. Estatus que no podemos tomar como definitivo sino simplemente como un paso más de transición de la diplomacia rusa.

Rusia, fracasada su posición anterior de viejo padrino de los Países del Este, busca ahora una nueva posición en la que gracias a la financiación internacional pueda progresar recolocándose de forma privilegiada dentro del nuevo marco mundial. Putin no tiene más remedio que abrir sus puertas a los intereses neoeconómicos occidentales si quiere a cambio que se le incluya en los principales foros internacionales. Eso sí, su inclusión no es meramente entreguismo. No se está firmando el fin de Rusia sino que, aunque lejos de ser el púgil gemelo de EEUU, negocia su reconocimiento como potencia de segunda línea equivalente a la Unión Europea o China y apuesta por estar por delante de ellas.

Estos acuerdos no son tampoco un certificado de la decadencia de Rusia ya que la misma OTAN está en crisis y la situación de la UE en el mundo es frágil. Rusia tiene suficiente espacio para jugar sus cartas y dejarse querer por Europa, EEUU y Asia en busca de un segundo lugar dentro de veinticinco años.

El póquer de ases de Putin

El primer as, el 15 de mayo de 2002 se dio el visto bueno en la OTAN a la creación de un Consejo conjunto de veinte socios en el que Rusia tendrá una posición asimétrica y que sustituirá al fracasado Comité Permanente Rusia-OTAN creado en mayo de 1997. **El segundo as**, el 24 de mayo se firmó el Tratado de Moscú de la «asociación estratégica» entre EEUU y Rusia (Tratado entre la Federación Rusa y Estados Unidos de América sobre Reducciones Estratégicas Ofensivas). **El tercer as**, el 29 de mayo la UE otorgaba a Rusia el estatus de economía de mercado que abre una nueva etapa en las relaciones comerciales y políticas con Rusia y que facilita su ingreso en la OMC (Organización Mundial del Comercio). **El cuarto as**, que falta aún en la mano de Putin, es el reconocimientos de ese mismo estatus otorgado en este caso por los EEUU, condición que le fue negada por la mayoría republicana.

EEUU sabe que tiene un tiempo favorable aunque seguramente limitado para avanzar en sus pretensiones militaristas. Aunque firmó

el tratado nuclear de 1996 a favor de una moratoria en los ensayos nucleares, la Administración Bush no ha negado su posición favorable a desvincularse de dicha firma, que no fue ratificada por el Senado. Así, está preparado un programa de ensayos en el desierto de Nevada y las instituciones de inteligencia anglo-estadounidense han filtrado la noticia de que Rusia hace lo mismo en el Ártico. Las pruebas de Bush están justificadas, desde sus informes técnicos militares, como un proceso de mera comprobación de la situación de sus graneros nucleares, no de avance. Pero la falta de acuerdos e instrumentos de control de dichos programas, asunto que ha quedado más agravado tras la firma del Tratado de Moscú, no impide que la naturaleza de las pruebas sea orientada impunemente hacia lo que deseen.

Es cierto que la reducción de arsenales nucleares estratégicos ha sido la mayor hecha hasta ahora. En diez años los EEUU pasarán de seis mil a 2.200 cabezas nucleares activas y los rusos de 5.500 a 1.700. No obstante, este hecho, que Putin ha vendido como un acuerdo simétrico de cara a su electorado, no hace sino confirmar en realidad la plenipotenciariad de los EEUU en el mundo. La disolución de la vieja lógica de 1973 donde existía una estrecha y suspicaz vigilancia mutua ha sido sustituida por un tratado de manos libres.

EEUU no se ve obligada a destruir sino almacenar unas 2.000 cabezas nucleares que podrían estar reactivadas en breve tiempo. Las mismas declaraciones del acto de firma del Tratado manifiestan que dicha opción permanece abierta en vistas de cómo evolucione el curso de los acontecimientos internacionales la próxima década. Bush se preguntaba con franqueza: «¿Quién sabe lo que pasará dentro de diez años?» Las antiguas reivindicaciones pacifistas de garantía antiarmamentística han sido ignoradas y rebasadas plenamente. No están ya en las agendas políticas occidentales aunque gobiernos como el sueco o el alemán continúen rindiendo cuenta de ellas frente a su electorado verde. Más que el fin de la guerra fría lo que este mayo ha terminado es el ciclo pacifista que alimentaba una presión desarmamentística con instrumentos internacionales (bilaterales) de control.

Los tratados EEUU-Rusia

No sólo EEUU se ve liberado sino que Rusia no ha dejado el campo de la producción militar. Fuentes especializadas han dejado manifiesto que es un mito que Rusia esté firmando por problemas de mantenimiento económico de su arsenal. La financiación de la actualización de los misiles pesados SS-18 y equipar los nuevos Topol-M con cabezas nucleares múltiples de última generación, sólo requeriría un aumento del 18% del vigente presupuesto ruso, lo que supondría un mero aumento del 0,1% en el PIB de la Federación Rusa. Los planes técnicos para llevarlo a cabo están sobre la mesa de Putin. El Tratado de Moscú no entierra hachas sino que da libertad para hacerse nuevas y alía a dos viejos enemigos que ahora protegen sus ambiciones mutuamente. De hecho, Rusia ha desplazado en 2001 a EEUU como primer exportador de armas. Ha aumentado sus ventas armamentísticas en un 24%. Aunque el II-S marca una tendencia que varía todo el mapa del comercio mundial de armas, es un dato significativo que confirma que estamos ante un gran ciclo belicista.

La posición de EEUU empuja sin tapujos en ese sentido. Este país controla la guerra de las galaxias al disponer de 110 satélites militares operativos y su inversión sube. Rusia cuenta con 40 y el resto del mundo se reparte otros veinte. Además, este curso la Administración Bush se ha negado definitivamente a ratificar el protocolo de 1972 sobre armas bioquímicas.

La misma estructura del Tratado manifiesta su carácter. Frente a las 700 páginas del acuerdo Start I de 1991, el Tratado de Moscú se reduce a 3 páginas. El Tratado carece de calendario que marque un ritmo de cumplimiento en esos diez años de validez, en él no se han articulado disposiciones de verificación y además no exige destrucción sino desactivación. Además, genera nuevos acuerdos de desarrollo conjunto de armamento táctico y da vía libre a EEUU para el imperio sobre el espacio exterior. Pero lo más importante es que este acuerdo no es un cierre de nada. EEUU seguirá presentando nuevas demandas que cuenten con la permisividad rusa o su colaboración y que, sin duda, logrará porque el interés de Putin no es la carrera armamentística contra EEUU sino una estrategia que coloque sosteniblemente a Rusia

como segunda potencia mundial. Para conseguir esto, Rusia necesita capital occidental legal, transferencia tecnológica y que cese la vigilancia occidental sobre el régimen político ruso. En ese sentido, EEUU ha incluido la lucha contra la guerrilla chechena como parte de la ofensiva anti-terrorista que permite a Putin hacer y deshacer y contando con la ayuda Estadounidense para ello. Putin, un líder cuestionado por sus objetivos y métodos en sus regiones federadas, ahora cuenta incluso con asesores militares americanos que optimicen sus operaciones. EEUU no necesita del permiso de Putin para tener manos libres. Desde la retórica de la víctima, dispone en estos momentos de la legitimidad real interna y externa para hacer lo que libérrimamente disponga.

El gran capítulo que EEUU logra de este Tratado es el acceso a la energía rusa. Hasta el momento EEUU ha sido un mal cliente de Rusia, muy por detrás del consumo europeo. El «diálogo energético» ya vigente y que se profundiza ahora con Europa, principal cliente de crudo, refinados y gas rusos, es un objetivo estratégico de EEUU cuyas perspectivas inversoras ya superan a las logradas hasta ahora por el continente europeo. La energía rusa significa sólo el 0,2% de un mercado estadounidense en el que la energía saudí supone el 20%. EEUU necesita diversificar sus fuentes y entrar de lleno en el control directo de la energía asiática. Esto se hace operativo a través de convenios empresariales de prospección, producción, elaboración, transporte y comercialización de los recursos energéticos rusos. De hecho, la americana Chevron Texaco ya se ha asociado a la rusa Sovkomflot para el transporte de crudo y Exxon Mobil ha firmado con los astilleros Amour para la modernización de las plataformas petroleras oceánicas rusas

Estos acuerdos, que dan a Rusia una posición sensible mucho más cercana a la de la OPEP, a la que no pertenece, son el inicio de una cadena de acuerdos comerciales con los que EEUU adelanta a la UE en las relaciones con Rusia. Ganada la batalla comercial africana y la asiática, ahora EEUU se ha puesto en condiciones de superar a Europa también en el tablero ruso. De hecho, la ventaja que la europea Airbus tenía sobre la americana Boeing en las opciones sobre la renovación de los aviones de la vieja Aeroflot parece haberse invertido.

Rusia no pierde, Europa sí

La opinión pública ha percibido a Rusia como la perdedora de este Tratado. Si se observa bien, Rusia no pierde aunque ceda. La marea belicista sólo le permitía un pequeño giro de cintura frente a sus grandes bloqueos como el de no firmar tratados con EEUU tras abandonar éste unilateralmente el AMB (Tratado de Misiles Antibalísticos) de Nixon-Breznev en 1972. Rusia tampoco depende más de occidente: Putin está gestionando dicha dependencia con un nuevo mapa de interacciones que tiene como centro la política energética y su posición en Asia. Rusia, pese a que parece retóricamente preocupada por el Este europeo, en realidad estratégicamente tiene su papel en Asia. En el Este europeo sólo administra sus injustos derechos mercantilmente. Rusia no pierde. Quien pierde estratégicamente es Europa. Los acuerdos en la OTAN y los acuerdos comerciales con Europa no son cruciales.

La inserción en la OTAN es una pieza secundaria. En principio la agenda de competencias del nuevo Consejo conjunto Rusia-OTAN cubrirá el antiterrorismo, operaciones de paz, prevención de la proliferación de armas de destrucción masiva y la gestión de crisis. Pero lo más importante es que inserta más a Rusia y le da acceso a nuevas posibilidades en un marco en el que la misma OTAN no contiene a Rusia, no la digiere debido a su crisis. La OTAN, refundada hace apenas tres años, está planteándose otro cambio radical para resituarse en el nuevo escenario mundial. La crisis de la OTAN es una crisis estratégica que llega a afectar a su propia concepción al haber sido una ausente en la guerra occidental contra Afganistán.

Rusia todavía tiene más bazas para negociar: su posición en la gran Asia, sus informales derechos paternalistas sobre países como Ucrania que reclaman una inserción veloz en Europa y la continua amenaza de su inestabilidad que exhorta a la solidaridad euroamericana. Además, la OTAN se acerca a una segunda fase de la ampliación exsoviética de la OTAN tras el trío (Polonia, Hungría y República Checa) que ingresaron en 1997, que podría incluir hasta siete nuevos miembros, según indicó

el Ministro de turno de Asuntos Exteriores de la UE. Hasta el próximo noviembre, en la Cumbre de Praga, la OTAN no decidirá el conjunto de países aceptados, para entonces Rusia tendrá más palabras que decir. Es de suponer que irá cambiando sus cartas por nuevos acuerdos mercantiles que le sigan posicionando como imprescindible y privilegiada. Putin, pragmático, hace uso de la retórica postsoviética como mero recurso; en realidad juega otra partida. Los llamamientos al final de la guerra fría, el alargamiento del final de la guerra fría, no hacen sino esconder la cruda vigencia de otro orden en el que ya todos funcionan.

Estos hechos apuntan a cuestiones de fondo tales como la necesidad de repensar y reactivar el pacifismo, de formar una nueva cultura internacionalista, etc.

Los augurios son pesimistas. EEUU ha recuperado la retórica imperial: los columnistas republicanos ya hablan sin ambages de la responsabilidad de EEUU como imperio. Y EEUU ha legitimado un papel de vengador justificado sobre su papel de víctima universal del nuevo siglo. La recusación de los viejos tratados de paz y el fracaso de cumbres como la de la FAO en Roma no nos permiten ser ni moderadamente optimistas. Mientras, Europa se hunde en el seguidismo y pierde oportunidades económicas y políticas de contrapesar aunque sea como el segundo peso pesado. El nuevo ciclo belicista de los 2000 se centra sobre Asia, donde se está iniciando una estrategia que nos recuerda a la tragedia latinoamericana de los años setenta. ¿Dónde estará Europa en esta ocasión? ■